

III.-Algún día tendremos anillos

Acuellas personas que han visitado alguna vez un observatorio astronómico y mirado por el telescopio, no podrán olvidar, si han observado el planeta Saturno, la sensación que despierta el contemplar sus anillos. Mirándolo a simple vista ve uno nada más que un planeta como otro cualquiera, más o menos de igual magnitud y luz que los otros. Enfocado con el telescopio, ese planeta desaparece y es reemplazado por otro, muy diferente, ~~monstruoso~~ que tiene y muestra unos increíbles y hermosos anillos. ¿Cómo es eso?, se pregunta uno, creyendo que aquello es una trampa, un arreglo -- digamos -- telescópico. No hay, sin embargo, tal arreglo. En el cielo todo es natural y si el telescopio dice que hay allí un planeta rodeado de impresionantes anillos, que brillan con una luz azulada y lechosa, es porque así es.

Rara vez se le ocurre a uno preguntarse o preguntar por qué Saturno tiene anillos. La respuesta es muy sencilla: esos anillos son nada más que el resto, el residuo de una luna o satélite que se acercó demasiado a él. Hemos dicho, en los salpicones anteriores,

Hemos dicho, en los salpicones anteriores, que ningún cuerpo celeste puede acercarse a otro sin correr el riesgo de provocar o sufrir averías de consideración. Sabemos ya lo que le ocurrió al Sol al acercársele una estrella mayor que él, lo que le sucedió al planeta que debió estar situado entre Marte y Júpiter al aproximarse demasiado a éste, que era más corpulento que él, y lo que, finalmente, le aconteció a Saturno, Urano y Neptuno al pasar, en uno de sus viajes por el infinito, demasiado cerca del Sol: éste les arrancó, gracias a la fuerza de atracción, grandes oleadas de materia que al condensarse en diferentes masas dió origen a los numerosos satélites o lunas que esos planetas poseen.

Uno de los satélites o lunas de Saturno, tan imprudente como su padre, sufrió la misma suerte: entró más allá del límite soportable y la fuerza de atracción de Saturno lo fragmentó y lo redujo a polvo, polvo que, al extenderse alrededor de este planeta, le ha formado los anillos de que hablamos.

Igual suerte le espera a nuestra Luna. Llegará un día, muy lejano -- día que equivaldrá talvez a treinta o más de nuestros días actuales -- en que la rotación de la Tierra, disminuída hoy por la fricción de las mareas cuando fluyen hacia el Estrecho de Behring o de Thames, disminuirá aun más, hasta igualar el período de rotación de la Luna. Después de un tiempo increíblemente largo, al cabo del cual el Sol no será más que una débil estrella, la Luna, debido a una disminución de su momento angular (medida de la fuerza necesaria para detener el movimiento de rotación), se aproximará a menos de 20.000 kilómetros de la Tierra, cayendo en la zona peligrosa. Las fuerzas de atracción de nuestro planeta reducirán la masa sólida de la Luna a fragmentos y ya no tendremos más satélite sino un anillo de polvo, tan azulado y lechoso como los de Saturno y rodeados del cual nos pasaremos a través del infinito.

Manuel Rojas